

EMILIANO ZAPATA Y LA COMUNA MORELENSE

Felipe Ávila

Emiliano Zapata (1879-1919) es conocido como el líder agrario por antonomasia dentro de la historia mexicana. Zapata nació en el pueblo de San Miguel Anenecuilco, en el estado de Morelos el 8 de agosto de 1879. Pertenecía a una familia campesina de escasos recursos. Su infancia y adolescencia transcurrió dentro de los cánones de una familia campesina tradicional, dedicado a las faenas agrícolas y la crianza y cuidado de animales domésticos, en la que adquirió notables habilidades en la doma de caballos. Esa vida pueblerina convencional y tranquila, sin embargo, cambió antes de que Zapata cumpliera 30 años, pues en 1909 fue elegido representante de su pueblo natal para encabezar la lucha de su comunidad para defender sus derechos sobre las tierras que tenían en litigio contra la hacienda de El Hospital, litigio que venía de tiempo atrás y en el que los pueblerinos reclamaban títulos de propiedad que databan de la época colonial.

El conflicto agrario de su pueblo natal era parte de un conflicto más general que tenía lugar en las fértiles tierras cañeras del territorio morelense, entre los pueblos y comunidades campesinas y las haciendas azucareras, disputa que se remontaba hasta el siglo XVIII y que se había agudizado en los últimos años del XIX y los primeros del XX, pues las haciendas se habían apoderado de las mayores y más fértiles tierras de la región y habían subordinado a su economía a los pueblos campesinos de la zona, muchos de los cuales se habían vuelto arrendatarios y asalariados de las tierras en manos de las haciendas. Fue ese conflicto el que estuvo en el origen del movimiento campesino que encabezó Zapata, cuando decidió sumarse a la revolución maderista de 1910. La rebelión zapatista estuvo compuesta por sectores rurales bajos y, desde las primeras semanas, en marzo y abril de 1911, se caracterizó por una notable violencia plebeya contra las haciendas y contra los comerciantes, autoridades y élites locales. En mayo de 1911 esa rebelión logró tomar el control del estado de Morelos y por ello buscó el reconocimiento de Madero, cuando la revolución que encabezaba éste triunfó a fines de ese mes.

Lo que diferenció al zapatismo del resto de las rebeliones locales que formaron parte de la revolución maderista, es que fue el único movimiento que se opuso a desarmarse, como pretendía Madero, y puso como condición la

recuperación de sus tierras por los pueblos que habían sido despojados de ellas. Esa petición de reparto agrario y la negativa a entregar incondicionalmente sus armas hicieron fracasar las negociaciones que tuvo Madero con Zapata en julio y agosto de 1911 y llevaron a la ruptura entre ambos líderes. Zapata se sintió traicionado por Madero y decidió desconocerlo como líder de la Revolución. Para justificar esa ruptura, Zapata promulgó el Plan de Ayala, un documento que expresa magistralmente la ideología agraria radical de su movimiento y que se convirtió en el emblema más importante del agrarismo mexicano durante la Revolución y aún después de ella, sirviendo como guía para la profunda reforma agraria que hizo el zapatismo en el territorio morelense entre 1914 y 1916.

La insurrección zapatista contra Madero no pudo ser controlada y se convirtió en el principal problema político nacional del gobierno maderista, al que le restó legitimidad. Durante ella, Zapata mostró las cualidades que lo hicieron una figura nacional: rectitud, firmeza, intransigencia y respeto a las decisiones de los pueblos y comunidades zapatistas. Cuando ocurrió el golpe de Estado



La coronela zapatista María E. Chavarría M. acompañada de dos de sus oficiales, desplegó gran actividad en el estado de Morelos.

Las comunidades y el ejército zapatista pudieron llevar a cabo ese experimento de liberación y autogestión que se ha conocido como la Comuna de Morelos

que derrocó a Madero, Zapata se negó a reconocer al gobierno ilegítimo de Victoriano Huerta y siguió combatiéndolo. Los pueblos zapatistas sufrieron una brutal represión por parte del ejército federal, pero lograron resistir y el zapatismo se extendió no sólo al territorio morelense, sino que logró controlar también el vecino estado de Guerrero y las zonas colindantes a Morelos de los estados de Puebla y el Estado de México. De esa manera, el zapatismo contribuyó a la caída del gobierno huertista y fue, junto con el villismo y el constitucionalismo, uno de los tres movimientos populares vencedores sobre el huertismo, que buscaron unificar a la revolución en la Convención de Aguascalientes.

Para participar en esa asamblea revolucionaria, que tuvo lugar en los primeros días de agosto de 1914 en la ciudad de Aguascalientes, Zapata puso como condición que se aceptara el Plan de Ayala, el cual, después de intensos debates, fue aceptado. El zapatismo tuvo una notable participación en la Convención, pues sus representantes intelectuales, que provenían de la tradición anarcosindicalista obrera, dominaron los debates y demostraron que el zapatismo tenía en esos momentos la mayor solidez y consistencia ideológica y política revolucionaria.

Las diferencias sociales, políticas e ideológicas entre el zapatismo, el villismo y el constitucionalismo resultaron irreconciliables y la Convención fracasó en su intento de unificar a la revolución. En la escisión, Zapata estableció una alianza con Francisco Villa para enfrentar a sus rivales constitucionalistas. Sin embargo, las diferencias políticas y las desconfianzas entre Zapata y Villa hicieron infructuosa su alianza y cada uno enfrentó por separado y a destiempo su lucha contra el ejército constitucionalista, que finalmente los derrotó, a Villa en 1915 y a los zapatistas entre 1916 y 1917.

Sin embargo, fue precisamente en ese periodo de 1914 a 1916 cuando el zapatismo logró la transformación agraria y de las relaciones sociales más profunda en la historia de la revolución mexicana y posiblemente, la más profunda en toda la historia del país. En ese periodo, cuando el zapatismo tomó en sus manos el control del territorio morelense, puso en práctica una amplia reforma agraria. La clase terrateniente fue expropiada y los hacendados huyeron o fueron expulsados del estado. Zapata y sus



colaboradores, entre los que destacó Manuel Palafox, organizaron la devolución de las tierras que reclamaban las comunidades campesinas, quienes pudieron recuperarlas alentadas y protegidas por el Cuartel General zapatista. Las comunidades no solamente recuperaron sus recursos naturales, sino que pudieron decidir libremente el uso que quisieron darles y la organización para hacerlo. Muchos pueblos escogieron sembrar sus productos tradicionales para el consumo local, maíz, frijol y algunas otras hortalizas, en lugar de los productos comerciales como la caña de azúcar, que habían predominado bajo el dominio de las haciendas. Muchas comunidades se salieron de la lógica mercantil y privilegiaron la producción de valores de uso para su propio consumo. Las haciendas, por su parte, fueron intervenidas por los líderes militares zapatistas y fueron puestas a producir, con muchas dificultades, para sufragar los gastos del ejército zapatista que se había vuelto una estructura amplia y casi permanente. Los pueblos pudieron elegir libremente a sus autoridades, bajo la vigilancia de Zapata y los jefes militares zapatistas. En medio de la guerra civil y acosados por sus enemigos constitucionalistas, que fueron estrechando su cerco sobre ellos, las comunidades y el ejército zapatista pudieron llevar a cabo ese experimento de liberación y autogestión que se ha conocido como la Comuna de Morelos, aunque quizá sea exagerado calificarlo como tal.

Esa experiencia fortaleció la identificación entre las comunidades campesinas y el ejército zapatista en un

proceso que, no obstante, estuvo preñado también de dificultades, por las diferencias y conflictos entre pueblos vecinos, por rivalidades y competencia entre varios de los líderes zapatistas, así como por la escasez de productos y el agotamiento de la economía campesina y de los circuitos comerciales de la región. No obstante, fue una experiencia efímera, que terminó cuando las fuerzas constitucionalistas fueron derrotando lenta pero inexorablemente a los defensores zapatistas, que tuvieron que abandonar la mayoría de sus pueblos y refugiarse nuevamente en las montañas de la zona.

La resistencia zapatista fue la más enconada y persistente de toda la revolución mexicana. Desde 1911 habían enfrentado sucesivamente a sus enemigos porfiristas, maderistas, huertistas y constitucionalistas. Luego de siete años de resistencia, la economía, los recursos y la moral de las comunidades y del ejército zapatista habían sufrido un gran desgaste. Muchos de los pueblos habían sido destruidos y la población había tenido que huir también a las regiones más alejadas y seguras. En ese clima de derrota militar, que era claro a mediados de 1916, en el zapatismo se desarrolló un fenómeno de desintegración, derrumbe moral y mayores pugnas entre varios de sus principales líderes. La mayoría de ellos murieron entre 1916 y 1917, no solo abatidos por sus enemigos externos, sino también por peleas entre ellos o fusilados por rebelarse contra la autoridad de Zapata.



Imagen tomada del libro *1911. La batalla de Ciudad Juárez en imágenes*, de Miguel Ángel Berumen (Editorial Océano de México, S.A. de C.V., 2009)

Zapata, sin embargo, no se rindió. Siguió encabezando la resistencia de sus fuerzas, cada vez más menguadas, que regresaron a la táctica guerrillera para debilitar a sus enemigos, que controlaban ya todo el territorio nacional y la mayor parte del territorio morelense. Zapata cayó finalmente asesinado el 10 de abril de 1919 en la hacienda de Chinameca, en Morelos, víctima de una traición orquestada por Pablo González, el jefe constitucionalista encargado de someter a los zapatistas. Su muerte significó la derrota definitiva del zapatismo como movimiento, pero le abrió las puertas de la historia nacional mexicana, en la que ocupa un lugar predominante como el símbolo de la lucha por la tierra y la justicia. ☒

Felipe Arturo Ávila Espinosa. Mexicano, sociólogo por la UNAM y Doctor en Historia por El Colegio de México. Autor de: *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes* (1992); *Los orígenes del zapatismo* (2010); *Entre el Porfiriato y la Revolución. El gobierno interino de Francisco León de la Barra* (2012); *Las corrientes revolucionarias y la Soberana Convención* (2014); *Breve historia del zapatismo* (2018); *Emiliano Zapata. La lucha por la tierra, la justicia y la libertad* (2019). Es coautor, con Pedro Salmerón, de *Historia breve de la Revolución Mexicana* (2015), así como de la coordinación del libro *El Zapatismo* (vol. 7 de la *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, Horacio Crespo, 2010). Es profesor del Sistema de Universidad Abierta de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente es subdirector del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).